

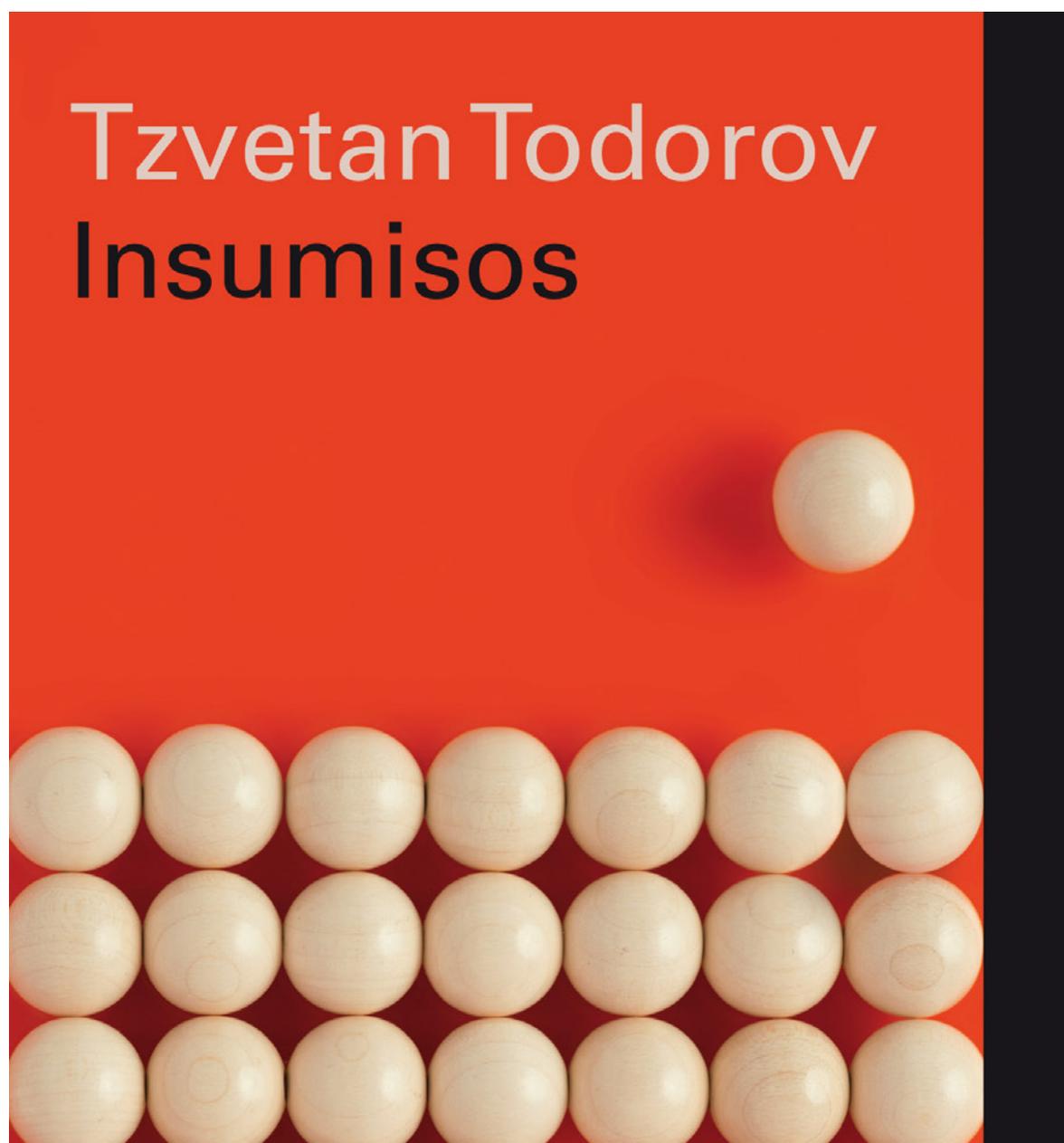
Insumisos

Unsubmissives

MARIO LÓPEZ MARTÍNEZ
Universidad de Granada, España
mariol@ugr.es

EN RESEÑA DE • A REVIEW OF

Todorov, Tzvetan (2016) *Insumisos*, Barcelona, Círculo de Lectores.



Tzvetan Todorov, filólogo, filósofo e historiador francés de origen búlgaro, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en 2008, es suficientemente conocido, así como su obra muy difundida en lengua castellana.¹ *Insumisos*, su último libro, hace referencia a un tema siempre inquietante en la Historia, como es saber el papel de los rebeldes, refractarios e insumisos que, en las condiciones más adversas, se convirtieron en disidentes y contestatarios frente a regímenes tiránicos, totalitarios o situaciones de violencia extrema. Adelantemos que este ensayo estará en las estanterías de la Teoría de la Historia basada en que ésta se mueve gracias a la rebeldía humana frente a las injusticias y las adversidades. Aquí el «motor» de la Historia es la capacidad de rebeldía (no la lucha de clases o el progreso tecno-científico) siendo capaz de allanar el camino a una revolución o, simplemente, convertirse en un testimonio contra la abyección.

Todorov llegó a Francia desde la Bulgaria comunista y vivió -como un impacto demolidor- tanto el «informe secreto» de Nikita Jrushchov sobre la época de Stalin (no toda la verdad se desveló), como la invasión de Hungría por el Ejército Rojo, ambos acontecimientos de 1956. Aquella situación permitió abrir la mente de un joven inquieto que se apercibió de la confusión entre moral y política en los regímenes comunistas, la contradicción entre tener un discurso cargado de valores absolutos –igualdad, dignidad humana, paz, libertad, etc.- y la manera de conducir la política –mediante el control, la vigilancia y la corrupción-. Todo el poder concentrado en muy pocas manos, en círculos concéntricos, en una gerontocracia de partido y ejército que escondía prácticas extractivas e intereses mezquinos. En este contexto, la población se dividía en cuatro grupos: aquellos que se beneficiaban más directamente del régimen; aquellos que intentaban vivir según los valores oficiales y se los creían (su función era obedecer, denunciar a otros y aceptar las reglas del juego); un tercer grupo, que sin participar de la vida oficial, obedecían sin convicción, no aspiraban a ascensos sociales, procuraban mostrarse dóciles pero, en el fondo, discrepaban o se lamentaban de la triste vida política, pero como mucho lo expresaban en privado y a grupos muy íntimos por temor a ser represaliados; y, finalmente, una minoría que se atrevía a la rebeldía y cuyos huesos se encontraban en la cárcel, marginados, estigmatizados y con un futuro incierto para sus vidas, vagaban entre un «silencio resignado» y una «revuelta estéril».

Todorov advierte que de este espíritu insumiso surgió «no doblar siempre el espinazo, negarse rotundamente a delatar, favorecer la lealtad con las personas en detrimento de la sumisión a las reglas oficiales, callarse si era preciso, pero jamás decir falsedades» (p. 17).² Los regímenes totalitarios chocaban con un muro más duro que sus políticas: el de las vidas «de resistencia moral [y], no violenta, al orden dominante» (p. 17).

El libro defiende que la correspondencia entre ética y política debe partir de que ambas tienen una gran relación pero, como conceptos, tienen también campos propios. La

1. Al final de este texto recogemos algunos libros de Tzvetan Todorov. Los más significativos en relación con la temática de esta reseña.

2. Todas las referencias que citamos entre paréntesis, por ejemplo (p. 17) hacen referencia al libro *Insumisos*, por este motivo evitamos realizar la indicación Todorov (2016: 17) pues sería muy reiterativa. En el resto de los casos la citación será la habitual de esta revista.

acción política consiste en hacer lo que conviene más a los intereses de un grupo concreto (país, partido o cualquier otro colectivo). Aquella se juzga por los resultados y es buena si ha alcanzado sus objetivos. En cambio, la acción moral excluye todo interés particular y reivindica principios universales. Y se evalúa a partir de las intenciones de quien la lleva a cabo, así la persona que fracasa en su intento de ayudar al prójimo no es menos virtuoso que el que lo logra. En la acción moral, al contrario que la acción política, sólo funciona en primera persona del singular. Moralmente sólo puedo exigirme a mí mismo. A los demás debo darles.

Aunque Todorov no entra en las disquisiciones a las que se refirió el autor alemán, Max Weber (1919), en *El político y el científico* sobre las diferentes esferas entre la «ética de la convicción» y la «ética de la responsabilidad». La primera que atribuye a la acción noviolenta y la segunda a la acción política del Estado, no obstante, Todorov advierte que hay que desechar que «toda idea de bien [quede en el] ámbito privado»; y que, por tanto, sólo se reserve «al ámbito público la gestión eficaz de los asuntos cotidianos» (p. 19). De esta manera entre una política sometida a la utopía o a la moral, y otra limitada sólo a gestionar los asuntos mundanos, hay lugar para una política que ofrezca un ideal que todos podamos compartir: «¿O son sólo las circunstancias de crisis y de guerra las que hacen resurgir en los hombres estas cualidades de rectitud moral?» (p. 19).

Es evidente que la respuesta sería negativa. Así, en noviembre de 1989, cuando cayeron los regímenes totalitarios –no todos- y «para sorpresa general, este importante cambio [...], se produjo básicamente sin derramamiento de sangre» (p. 20). El efecto de esa caída en los antiguos países totalitarios fue doble: la verdad sustituyó a la mentira (lo que permitió dejar atrás ilusiones falsas), pero también dejó en la cuneta valores trascendentes. Por un tiempo, la rivalidad entre democracia y totalitarismo era un estímulo para las virtudes políticas. De manera que el espacio público se vació de valores, relegados al ámbito privado en el mejor de los casos. Incluso, en la izquierda sociológica, mucha gente optó por ubicarse entre las ONG dedicadas a la acción humanitaria, para que así la vida pública volviera a contactar con el mundo de los valores universales. Comprendiendo que las catástrofes humanitarias –fuesen naturales o causadas por la acción humana- habían no sólo de paliarse sino de resolverse estructuralmente. Esto permitió revelar dos caras muy visibles: de una parte recuperar ideales y valores universales; pero también, de otra, buscar una justificación para la intervención de Occidente en todo el mundo. Para Todorov hay que distinguir: los insumisos buscan llevar el bien a los demás pero no mediante la fuerza militar sino, como dijera Emmanuel Levinas (2000), ofreciendo «la posibilidad humana de dar prioridad al otro sobre uno mismo» (p. 27). Este tipo de personas saben que el ser humano no termina en los límites de él mismo sino que incluye la relación con los demás. No piensan que todo lo importante sea de naturaleza económica y de acumulación material, sino que valores como el amor, la tolerancia o la compasión no dependen de la fe ni de la religión concreta sino de algo que da una dimensión espiritual al ser humano.

Este libro es un canto a estos «resistentes pacíficos», a los disidentes, a los insumisos. Podrían haber sido muchos más pero, Todorov se fija en aquellos que han vivido «situaciones dramáticas en las que una gran fuerza negativa domina la vida social y política

de [un] país, y en las que se impone una pregunta: ¿cómo reaccionar? El rasgo común de todos los personajes cuyo destino relato es que se negaron a someterse dócilmente a la coacción, que son *insumisos*. Esta decisión tiene una vertiente negativa, significa el rechazo de una coacción impuesta por la fuerza o aceptada en silencio por la mayoría de la población. Pero ese rechazo está indisolublemente unido a un compromiso positivo, la insumisión es a la vez *resistencia* y afirmación» (p. 28).

Donde resistir es una forma de sobrevivir, por supuesto, luchando, reaccionando y oponiéndose al mal que se ha instalado en la sociedad. Los insumisos no aspiran a convertirse en dominadores o se afanan en imponer una sociedad ideal y utópica, sino que su compromiso es aquí y ahora. Primero, rechazando la fuerza que quiere someterlos; y, segundo, empleando los pocos e inferiores medios con los que cuentan frente a su adversario. Así, estos luchadores civiles soslayan un enfrentamiento directo con sus oponentes, para evitar ser vencidos, pero se les enfrentan en el resto de los campos donde existe más margen de maniobra y de éxito. Como dice Todorov: «no luchan como guerrilleros, pero adoptan técnicas de guerrilla. Son los débiles los que, sin odio ni violencia, se oponen a los fuertes, a los que detentan el poder. Sus medios no son violentos, consisten básicamente en afirmar con perseverancia lo que consideran verdadero y justo» (p. 29-30).

Son estas personas, disidentes e indóciles, los que ven cómo su virtud moral se transforma en instrumento cívico y político. Actos que entenderíamos como éticamente normales, en una sociedad sana, se transforman en un desafío político, porque desnudan la injusticia, la opresión y el terror. Porque se enfrentan al mal sin responder con mal, sin una violencia equivalente, porque no se expresan con el deseo de aniquilar al enemigo sino de transformar la situación en el que éste comete sus atropellos e iniquidades.

Todorov elige a ocho protagonistas que han modificado su virtud moral en instrumento de cambio: durante la ocupación alemana y la persecución de los judíos; en el régimen comunista en la Unión Soviética; durante la guerra de Argelia; en el apartheid en Sudáfrica; durante la discriminación racial en Estados Unidos; en el conflicto entre Israel y Palestina; y, en la denuncia de los métodos de vigilancia usados por el gobierno de Estados Unidos. Son Etty Hillesum de Holanda, Germaine Tillion de Francia, Borís Pasternak y Aleksandr Solzhenitsyn de la URSS, Nelson Mandela de Sudáfrica, Malcolm X de Estados Unidos, David Shulman de Israel y Edward Snowden para la sociedad global.

Desde el análisis de Giuliano Pontara (1996) podríamos decir que son individuos con «personalidades no violentas», si bien Todorov considera que sus insumisos no han actuado de manera consciente, sino que las circunstancias y su reacción visceral, les han conducido a ese perfil. Se han sobrepuesto y han superado la tentación de hacer sufrir a aquellos que les hacen sufrir a ellos. Esto es, aun siendo víctimas no quisieran, ni aún dándose la ocasión, de convertirse en victimarios. No hablamos de ángeles, sino de personas que, en los momentos más oscuros de la historia de la humanidad, han tenido la valentía de asumir su responsabilidad personal respecto al mal, y que se han prodigado en actos de bondad, arriesgando incluso sus vidas por salvar a otras personas. Una pregunta clave es ¿por qué lo han hecho?, pues se trata de personas de alguna manera corrientes. ¿Por autoestima?, ¿por dignidad?, ¿por altruismo elevado?, ¿por compasión?, ¿por heroís-

mo? En cualquier caso el conocimiento de estas vidas, sus circunstancias, su imaginación moral para saber sortear lo que vivieron nos pueden ayudar a comprender mejor lo que significa vencer el miedo, acometer un esfuerzo interior, asumir la responsabilidad. Nada que no esté al alcance de todos y todas y, sin embargo, «una acción justa puede cambiar la existencia entera de un ser humano [...], porque el justo no se encierra en sí mismo, no espera que la justicia de los hombres arregle el error, sino que actúa en primera persona para corregir el curso de los acontecimientos» (Nissim, 2013: 19).

Por ejemplo, Etty Hillesum (1914-1943), de la comunidad judía de Holanda, vivió en primera persona el drama de las persecuciones y deportaciones. Ella renunció deliberadamente a toda respuesta política pero la compensó con una elevada espiritualidad. Con ésta trató de ayudar a cuantos más mejor, sin descanso, con celeridad. Mientras hizo esto procuró evitar que el odio al invasor la carcomiera. Hillesum (2007, 2011a y 2011b) apuntó, en diversas partes de su diario: «El odio salvaje que sentimos por los alemanes vierte veneno en nuestros corazones» (15.3.41), «Lo único criminal es el sistema, que utiliza este tipo de categorías» (27.2.42), porque «nada es peor que este odio global, que no hace diferencias. Es una enfermedad del alma» (15.3.41) (p. 38). Así dice: «La barbarie nazi despierta en nosotros una barbarie idéntica, que emplearía los mismos métodos si tuviéramos el poder de hacer lo que queremos» (15.3.41), y «No veo otra solución, realmente ninguna otra, que regresar a ti mismo, a tu propio centro, y extirpar del alma toda esta podredumbre» (19.2.42) (p. 39). Para Hillesum, la venganza no elimina el mal sino que lo reproduce y lo eterniza. Hillesum se hace preguntas claves: ¿De dónde sale tanto odio? ¿Cómo enfrentar la adversidad donde hay tanto mal? O ¿Por qué no poner un poco de amor y compasión allá donde hay tanto dolor? Porque para ella lo que cuenta es de qué manera se soporta el sufrimiento, un martirio casi inevitable en algunos casos. Cómo fortalecer la solidaridad de las personas asustadas, combatiendo no sólo a los verdugos sino a su gélida frialdad. Cómo mantener la llama de la humanidad en medio del horror infinito, sin que se caiga en una resistencia asociada al odio.

Otro caso de mucho interés es el de Germaine Tillion (1907-2008), etnóloga, resistente y superviviente en la Segunda Guerra Mundial. De familia católica pero de patriotismo republicano. Rechazó tanto el nazismo, como el comunismo soviético. Tras sus investigaciones en Argelia regresó a la Francia de Vichy, donde según sus palabras era «absolutamente necesario hacer algo» (p. 57), «para mí, la resistencia consiste en decir no. Pero decir no es una afirmación. Es muy positivo, es decir no al asesinato y al delito. No hay nada más creativo que decir no al asesinato, a la crueldad y a la pena de muerte» (p. 9). Su realidad la conduce a la insumisión y a aceptar las situaciones límites. Los resistentes caen, son detenidos, torturados, encarcelados, deportados y fusilados. Tillion se hace de la resistencia y se ocupa en «tareas auxiliares», pues no participa en actos de violencia, sin embargo, lo tiene muy claro, para ella la resistencia es fortalecer la posición moral, endureciendo la mente y el cuerpo, liberándose del miedo, usando el humor, conjugando resistencia patriótica con principios morales. Existir es resistir, desbaratar los designios de los exterminadores. Para ella no hay espacio para la venganza pero, si ésta llega, debe consistir en poder contarla. Resistir es no colaborar con el esfuerzo de guerra alemán, trabajar

menos, no trabajar, esconderse. Resistir es, también, no sucumbir al egoísmo, al sálvese quien pueda, a la insolidaridad ante la desgracia. Su gran apuesta es, sin embargo, muy simple: la «coalición de la amistad» (p. 63), una opción que trata de aliviar el sufrimiento, conservar las facultades intelectuales intactas y estudiar el comportamiento de los verdugos. Esto es así porque «defender una tesis moral sentado en un sofá, bebiéndose una taza de té, es una cosa», y otra bien distinta es «decir que personas –vivas, felices y rodeadas de una familia que los quiere– van a morir de verdad, después de haber sido torturadas de verdad, porque te han escuchado a ti y tus edificantes razones» (p. 60).³

Tillion tiene la suerte de sobrevivir. Y, el resto de su vida, seguirá preguntándose por estas situaciones extremas de fanatismo y odio de «gente corriente». Sabe que los alemanes fueron los responsables pero existían otros muchos que habían ayudado, contribuido o se habían abstenido para la barbarie se hiciera posible. Para ella, conocer la verdad era saber las condiciones que hacían posible la extrema crueldad del ser humano. Pues, para Tillion, la experiencia de la crueldad se alargó al proceso de independencia argelino. Ahora la brutalidad era de parte y parte. De manera que tuvo la oportunidad de revisar su idea de resistencia. Creó el concepto de «enemigos complementarios», para argelinos y franceses, en una lógica sin salida de incomprendimientos y odios mutuos, en una espiral de deshumanización. Tillion no aceptó nunca este proceso de embrutecimiento. Redescubrió para las ciencias sociales la palabra *traidor* para rechazar un supuesto espíritu de clan, de tribu, de partido, de manada..., que exige plena obediencia y lealtad al grupo, haciendo olvidar al ser humano de su obligación de conocer y saber lo verdadero y lo justo. Así que Tillion nos dice que «traicionar» al grupo afín, en aras a conocer la verdad y la justicia, y con la voluntad de no dejarse deshumanizar está por encima de cualquiera otra consideración: «Me niego a matar al uno para salvar al otro». La cuestión no es encontrar la *buena* causa frente a la *mala* causa, sino renunciar a matar en nombre de una buena causa. Germaine es sincera cuando dice: «No ‘elegí’ a qué personas salvar [sino que] salvé deliberadamente a todos los que pude, argelinos y franceses de todas las opiniones» (p. 76). No someterlo todo (especialmente los medios) a un fin, por noble que pueda ser o parecerlo, sino poner límites a los medios usados, por ejemplo, no matar, no torturar, no ser crueles. Como dice Todorov, Tillion nos ofrece dos enseñanzas: «La insumisión se debe buscar [...] dentro de cada uno; y la segunda es que «debemos resistir a la barbarie que se apodera de nosotros cuando queremos llegar a toda costa al objetivo que perseguimos» (p. 76). Al final el resultado es similar aunque unos maten en nombre de la libertad y los otros en nombre de la patria francesa, los que sufren son igualmente personas, no las causas y los proyectos. Tillion no se opone a Francia o a Argelia sino a las fuerzas de la intolerancia y del odio que están presentes en ambos bandos. No lucha contra libertadores y patriotas, sino contra la sinrazón, las pulsiones, las crueldades y la inhumanidad. Frente a todo eso nos ofrece una alternativa que denomina la «política de la conversación», sentarse en torno a una mesa, dialogar, reconocerse, mirarse, escucharse, entenderse, apostar por nuestra

3. Sobre la racionalización de las personas que van a morir, o de aquellas que se juegan la vida por sus opciones no violentas, no sólo sus sentimientos, sino sus convicciones y razones profundas merece la pena mencionar a Cartas (1972) Crawshaw & Jackson (2010) y Schultz (1972).

humanidad común en lugar de por la fidelidad al grupo. Es lo más difícil, es un proceso lento, arriesgado, de resultados inciertos. Nosotros lo denominaríamos el trabajo de un *Sísifo noviolento*, porque esta vía significa, siempre, apostar por la paz y la reconciliación a pesar de las fuerzas que buscan la guerra y se instalan en el odio.

Todorov, elige dos personajes de la extinta Unión Soviética: Borís Pasternak (1890-1960) y Aleksandr Solzhenitsyn (1918-2008). En el primer caso se trató de un intelectual confundido y perdido, que se sintió engañado, aunque logró romper su silencio y vencer su miedo. Salir de esta crisálida le costó, pero una vez fuera no tuvo dudas y estuvo convencido de publicar *Doctor Zhivago*, como la mejor arma contra la mentira, como el medio para enfrentar la crueldad del régimen. Más interesante –a nuestro juicio- resulta el segundo personaje, Solzhenitsyn, que se convirtió en víctima del sistema soviético. Mientras era soldado en el frente, sus cartas fueron secuestradas, sufrió la censura, fue detenido y condenado a un campo de trabajos forzados (gulag). Gracias a esta detención conoció la cara oculta del sistema, la maquinaria represiva en nombre de la revolución, la institución que pasaría a la historia de la violencia como «Archipiélago Gulag». Así, Solzhenitsyn, se acercó a la verdad desde su propia experiencia: «si no hubiera estado en la cárcel, habría llegado a ser un escritor más en la Unión Soviética, pero no habría entendido ni mi verdadera misión, ni la situación real de mi país [...] El escritor al que veis ante vosotros se ha hecho en la cárcel y en el campo de trabajos forzados» (p. 118). De manera que, *su* verdad se convirtió en *la* verdad porque logró vencer, con su relato, a la mentira (oficial). La literatura era, para él, liberadora, una forma suprema de resistencia que se enfrentaba a la violencia y la mentira, pues –como dice Solzhenitsyn- «la violencia no vive sola [...], está necesariamente enlazada a la mentira. La violencia sólo puede esconderse detrás de la mentira, y la mentira sólo encuentra apoyo en la violencia [...]. Un Estado no tiene grandes posibilidades de mantenerse si sus escritores se ponen a decir la verdad al pueblo» (p. 120). Entiende la literatura como acto moral, como un espléndido servicio a la humanidad. En su obra *Un día en la vida de Iván Denísovich* (1962), a pesar de la crudeza con la que se relata la vida en los campos (zeks), los personajes son capaces de ser solidarios, dignos y con un alto sentido de la justicia. Solzhenitsyn nos dice: «Poco a poco he descubierto que la línea divisoria entre el bien y el mal no separa ni a Estado, ni a clases, ni a partidos, sino que atraviesa el corazón de todo hombre y de toda humanidad» (p. 129).

De Sudáfrica surgió la enorme figura de Nelson Mandela (1918-2013) que constituyó un ejemplo de acumulación de cordura, prudencia y moderación. Para Todorov, Mandela era un «insumiso excepcional», con 27 años de reclusión a sus espaldas, en un país al borde del abismo. Aun así, Mandela consiguió elevarse por encima de los odios y los miedos, instalándose en el universo de la noviolencia, «el mejor antídoto contra el resentimiento» (p. 149). Vencer el odio, neutralizar las lógicas homicidas fue su política. Entre 1990 y 1994 se derramaría más sangre que en medio siglo de luchas raciales, desde 1940 a 1990. Fue una época crítica, al borde de la guerra civil. Había que poner de acuerdo a afrikáners, zulúes, xhosas, shangaan, etc., a los servicios de seguridad del Estado y a los ansiosos miembros del Congreso Nacional Africano (ANC). Su elección como presidente, en 1994, supuso refrendar el camino hacia la reconciliación, la vía sinuosa de la línea recta.

Se creó la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (*Truth and Reconciliation Commission*) una vía experimental que redujo el rigor legal a favor del arrepentimiento público y la colaboración con la verdad. Era la alternativa al castigo y la venganza, pues, como nos dice Todorov: los verdugos podían «admitir públicamente su culpa y expresar su arrepentimiento a las víctimas que ha[bía]n sufrido sus actos, para gozar después de impunidad; o bien rebatir su culpabilidad ante los tribunales, a riesgo de verse condenado[s] a una pena de cárcel» (p. 156). En este contexto, Mandela, tomó decisiones simbólicas y adoptó gestos sobresalientes que combinaron virtud moral y habilidad política. Se humanizó al otro y se rescató lo mejor del adversario. Moral y política eran medio y fin a la vez. He aquí una tradición como la del *Ubuntu*⁴ que logró superar la lógica de contrarios.

Mandela no fue siempre así. De 1944 a 1962, fue un abogado arrogante e implacable con sus adversarios. Aceptó a regañadientes la no violencia porque se lo mandaba el Congreso Nacional Africano (ANC) pero no lo tenía claro. Él no era Gandhi, admiró a éste pero no comprendió su ascetismo ni compartió su *satyagraha*. Mandela, en 1952, sintió que frente a la violencia afrikáners sólo se podría «luchar contra el fuego con fuego»; o que, ante el «ataque [de] un animal salvaje», no era suficiente defenderse «sólo con las manos» (p. 160). Mandela se había formado en tácticas guerrilleras, había leído a Clausewitz, Mao, Che Guevara o Menájem Beguín. No obstante, cuando fue detenido en 1962, se defendió exponiendo sus convicciones democráticas (parlamentarismo, sociedad multirracial, libertades públicas) y su creencia de que la lucha armada era una opción extrema que podía no sólo matar al oponente sino al espíritu del que buscaba librarse de las injusticias. El camino de la conversión fue largo, a base de muchas reflexiones en la cárcel, de fases de aislamiento, castigo y conversaciones con sus amigos y carceleros, todo ello entre 1962 y 1985. Según el propio Mandela: «Era útil recordar que todos los hombres, incluso los que parecen más insensibles, tienen un fondo de honestidad y pueden cambiar si sabemos llegar a ellos [...] que en lo más profundo del corazón del hombre residían la misericordia y la generosidad» (p. 166). Ese tiempo de cautiverio habría de servir de autoconocimiento y liberación interior. En él concluyó que, el conflicto, era mucho más profundo que vencer militarmente a tu oponente y tratar de imponerle el *bien*. El apartheid no era una simple tiranía en la que se eliminaba al tirano y se acaba con el problema. Sólo la paz, pensó, podría vencer a la violencia.

Otro escenario de las reflexiones de Svetan Todorov son los Estados Unidos. En términos históricos confluyen las figuras de Martin Luther King Jr., y Malcolm X (1925-1965) en una sociedad atravesada por el odio racial. Pero Todorov sólo opta por Malcolm. Las claves de la elección de este personaje están en su capacidad de conversión y las diversas metamorfosis que se produjeron a la largo de su vida. De ser un «don Nadie», durante su estancia carcelaria devino hacia la insumisión. Comprendió la discriminación racial, racionalizó la realidad histórica y comenzó a ubicarse en un programa integral para la población afroamericana. Al inicio alimentó su resentimiento hacia los blancos como

4. Es un principio ético extendido en «África negra» que consiste en reconocer en todo ser humano lo que hay en común con toda la humanidad (humanización).

respuesta al odio de éstos pero, poco a poco, se fue produciendo el cambio. Un salto en el que concluyó que odiar no era la solución sino parte del problema. La solución no era, ya, incorporar más violencia al sistema, sino convertir la lucha contra el régimen racial en una insumisión constante que elevara la dignidad de los discriminados, única vía para negociar con la maquinaria racial. Sin embargo, su asesinato nos dejaría aún a un personaje abierto, sin conocer muy bien cuál hubiera sido su siguiente transformación, ¿tal vez hacia la no violencia? Tengo mis serias dudas, las mismas que me causan el porqué Todorov ha incorporado a Malcolm X en este libro.

Sin embargo, considero que ha sido una buena elección hablar del israelí David Shulman (nacido en 1949), indólogo, antropólogo cultural y crítico literario, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Él no sólo se dedica a unir a las personas de los dos bandos sino a practicar una resistencia no violenta que se dirige prioritariamente a las fuerzas de su propio bando. Es de ese grupo de personas que prefieren pequeñas victorias conseguidas sin violencia que doblar el espinazo del adversario, humillándole y deshonrándole. Él es una de las cabezas visibles de un pequeño grupo de voluntarios palestinos e israelíes «implicados por la paz para poner fin a la ocupación y que defiende la igualdad de derechos cívicos en Israel» (p. 184), dentro de la organización *Ta'ayush* («Vivir juntos» en árabe). Shulman (2007) ha escrito la experiencia de su organización entre 2002 y 2006. Se trata de una lucha dura, con muchos sinsabores e incomprensiones de una y otra parte. Pero, como nos dice Todorov, la clave está en: «los medios que emplean los miembros de este movimiento para actuar sobre el mundo [que] no son ni los explosivos, ni las discriminaciones, ni los encarcelamientos. Estas personas se limitan a asistir a los actos que consideran inadmisibles, expresan su desacuerdo y están dispuestos a dar testimonio [...] se traslada[n] a los territorios ocupados, a las zonas donde amenazan con expulsar a los palestinos, confiscar sus tierras y destruir sus casas. La simple presencia de gente que protesta [...] permite a veces retrasar, incluso suspender, las medidas antipalestinas» (p. 184).

Shulman ha sabido mantener la distancia entre ambos bandos, a los que les une creer en la lógica de la acción-reacción, *nosotros*, hijos de la luz, frente a *ellos*, hijos de las tinieblas. Shulman sabe que esa división no es real, no existe el lado bueno y el lado malo, sino aquellos que creen en la Ley del Talió, los que prefieren no intervenir y los que, como él, se sienten responsables de «las atrocidades cometidas en mi nombre por la mitad israelí de la historia [...] Mi propósito es poner en evidencia las tinieblas de mi lado [...] Las otras no son asunto mío. Dejemos que nuestros amigos palestinos se ocupen de su propio enemigo interior» (p. 185). Porque dar lecciones de moral no es un acto moral, porque para entender el mal en el otro antes hay que ser capaz de entreverlo en uno mismo, porque –nos dice Shulman– «Yo también soy capaz de odiar, de ser parcial y maniqueo»; sin embargo, nos advierte Todorov, «Nada amenaza tanto la ocupación (de Israel) como un hombre bueno y no violento» (p. 186-87). Por ello, en un contexto de barbarie, disentir, denunciar, hacer emerger las injusticias ocultas, en muchas ocasiones con resultados muy escasos resulta clave para cambiar las lógicas y convertirse en salida y alternativa a las espirales de violencia. Aunque, Shulman entiende que no se hacen las cosas sólo por el resultado que se obtiene de ellas sino porque existen otras recompensas: la sensación de

«libertad interior», de realizar un «acto digno», de no hacerlo «por deber sino por placer», «en nombre de lo que es justo» (p. 189-190).

De la actual era digital emerge la figura de Edward Snowden (nacido en 1983). En esta época, combinada con la globalización, estamos asistiendo a un fenómeno del que sólo vemos consecuencias parciales: las agencias estatales ya no sólo se contentan con tener servicios de inteligencia, archivos policiales y datos de delincuentes o enemigos del Estado, sino que han «obligado» a las empresas privadas a darles acceso directo a la información de la que disponen. Estos son los casos de Microsoft en 2007, Yahoo en 2008, Google y Facebook en 2009, YouTube en 2010, Skype en 2011, Apple en 2012, etc. Con esta operación han conseguido reunir y sistematizar millones de datos, muchos de ellos sensibles, que usan en apalancar los intereses a los que representan. ¿Quiénes lo hacen? La NSA (National Security Agency de Estados Unidos), la GCHQ (Government Communications Head Quarters en Gran Bretaña), así como agencias estatales de Francia, Rusia y China, entre otras. No es sólo a quiénes se espía, sino por qué y con qué finalidad. En esa enorme red digital de la araña delatora no sólo caen grupos disidentes, ciudadanos corrientes, sino jefes de gobierno, ministros, capitanes de empresa, directivos, así como terroristas y todo tipo de información con el «objetivo de saberlo todo de todos» (p. 194).

Los peligros de esta realidad son múltiples. Ya no están a salvo los derechos civiles y políticos de la ciudadanía, sino que se ha producido una concentración de poder omnímodo en muy pocas manos, la distopía de controlar y vigilar la vida de todos se está haciendo realidad día a día y, lo peor, de manea imperceptible. Son riesgos que nos acercan a una sociedad totalitaria, a un panóptico informático-digital que puede acabar produciendo lo que se dio en las sociedades del socialismo real –como nos dice Todorov–: «Destruir todo tejido social independiente del poder político haciendo que todo el mundo sospechara de sus familiares y amigos, susceptibles de ser delatores [porque] Internet, que era un espacio de libertad, se ha convertido en una herramienta de vigilancia» (p. 196).

Sin embargo, en este contexto, unos cuantos individuos han arriesgado su tranquilidad y su comodidad para hacer público lo que sabían, han dejado su bienestar atrás, pagando con la cárcel, el vilipendio o el exilio. Entre ellos están el soldado Bradley Manning, así como Thomas Drake, William Binney, Julian Assange o Edward Snowden. No son héroes, rebeldes o insumisos convencidos, sino gente corriente que ve en estas prácticas de la CIA, la NSA y otras agencias, un golpe de Estado a los derechos constitucionales de sus compatriotas y de la humanidad en su conjunto. Las circunstancias que han vivido los convierten en personajes con virtudes y acciones morales, a juicio de Todorov. Han desafiado, y lo siguen haciendo, a los todopoderosos Estados y a muchas empresas multinacionales de la información, porque –nos dice Todorov–: «se vigila ya no sólo a los sospechosos, sino potencialmente a toda la población, tanto si se tienen sospechas como si no [así] Snowden saca a la luz hechos verídicos, convencido de que ‘decir la verdad no es delito’, pero deja a los periodistas responsables la labor de elegir lo que es apropiado descubrir al público» (p. 199). Por ello, el caso Snowden se enmarca entre la «insumisión cívica», más allá de la violación de ciertas leyes del derecho positivo, el disidente se instala en leyes superiores, no sólo en los derechos y libertades constitucionales sino en aquellas

otras que ofrecen el perfil que dignifica a los seres humanos que quieren vivir en sociedades libres: «Al ejercer la insumisión frente a esta nueva variable del totalitarismo, ya no policial sino tecnológico [se predispone] a pagar caro el derecho de hacer uso de su libertad de expresión y decir públicamente lo que saben que es verdad, y que su preocupación por la justicia es más importante que el deseo de vivir cómodamente y en paz» (p. 200).

Para ir concluyendo, el libro de Todorov, *Insumisos*, recoge a unos personajes que suscitan admiración. Viven en una época de violencia, en algunos casos junto a la barbarie, pero no quedan inmunes e inermes frente a ella, defienden la dignidad humana, son personas que se niegan a dividir el mundo entre amigos-enemigos, buenos-malos, nosotros-ellos. Incluso, en el peor de los casos, cuando son humillados, torturados o vilipendiados evitan «excluir del círculo de la humanidad a sus adversarios y sentir por ellos un odio infinito» (p. 201). Evitar la lógica de la venganza, significa prescindir de imitarlos y calcar sus dinámicas que se amparan en viejas tradiciones (ley del talión) o en «instituciones indispensables», como la justicia o la policía, que se encargan de ese trabajo duro y sucio aunque se les reviste de autoridad y principios superiores para simular aquella tradición, según la cual quien hace daño a la sociedad tiene que sufrirlo de ésta. La diferencia es que no es la víctima quien lo infringe (o sus familiares) sino que el Estado se encarga de hacerlo a través de las instituciones que tiene ya diseñadas para ello.

De manera que estos personajes –nos dice Todorov–, practican una «insumisión doble» (p. 202): de una parte es posible resistir sin odio y «salvaguardar el alma» de las simas del rencor; y, también, es posible ayudar activamente a las víctimas, reducir su sufrimiento y tratar de neutralizar la maquinaria atroz de la crueldad. Estos insumisos renuncian a su tranquilidad y a su comodidad, arriesgan su libertad, incluso su vida por buscar lo verdadero y lo justo. Cuestionan la verdad oficial, luchan contra la mentira, se comprometen con la dignidad humana. Ellos y ellas «se niegan a someterse a las fuerzas internas que les empujarían a devolver los golpes, porque temen parecerse a sus agresores» (p. 204); con ello consiguen tranquilizar su vida interior, lo que les hace fuertes en su condición y levedad. Son conscientes de que sus logros se sostienen con la fuerza moral de la no violencia (humanizar al adversario, alimentar la reconciliación, resistirse al mal). No son sólo testimonios y ejemplos en medio de la barbarie sino la combinación de dignidad moral y eficacia política (como Gandhi, Mandela, etc.), porque al contrario de lo dominante piensan que moral y política pueden complementarse. Donde la mayor de las victorias consiste en convertir al enemigo en amigo. Esta combinación de desarme interior y de compasión hacia las víctimas es una contribución a neutralizar la espiral de violencias. Esto y los métodos no violentos que ayudan a alcanzar el compromiso y el consenso, porque las bombas destruyen vidas y propiedades pero no son capaces de diluir ideas y emociones.

Y ¿cómo llegaron estos personajes, en los más duros momentos, a sobreponerse a las emociones negativas? Harán falta más libros y estudios para satisfacer la respuesta; sin embargo, Todorov es muy contundente al señalar que no se trata de una «elección consciente y voluntaria [porque] no elegimos la persona que somos». Lo que parece haber desempeñado un papel decisivo en la evolución de estos personajes es «conocer un mal

que viven como extremo» (p. 210). Unas veces es un campo de concentración, otras un sistema como el apartheid, un Estado totalitario o una guerra. «Del miedo total surge el valor total» -dice Todorov- (p. 210). El precio de este viaje al engrandecimiento es muy elevado, es mucha la carga que hay que soportar, mucho el autocontrol sobre el odio y práctica de la solidaridad activa. Es llegar a un estado humano de alguna manera superior que muchos mortales difícilmente son capaces de experimentar. Este libro recoge la historia de estas personas diferentes y de contextos muy diversos pero en todos y todas ellas «sus opciones éticas no han recibido toda la atención que merecen» (p. 32), una manera de señalar que este libro es sólo un breve acercamiento a un fenómeno complejo.

Más allá de la propuesta de Todorov, consideramos que desde Sócrates que no quiso evitar su muerte como un último gesto (aun cuando podría haberlo hecho), para con ello manifestar la coherencia entre su acción y su palabra, hasta algunos de estos personajes *insumisos*, seleccionados por Svetan, se agita en el ambiente la gran duda: ¿debemos comportarnos como hace la mayoría de la gente?

Si no banalizáramos hacer el bien, especialmente en tiempos difíciles y extremos, nos daríamos cuenta que no todo el mundo es capaz de enfrentarse a la violencia, sino que ésta precisamente se enseñorea porque la mayoría son (o somos) indiferentes –mientras no les (nos) toca directamente- o colaboran con el mal para evitar sufrirlo. Sin embargo, estos quijotes, hombres y mujeres insumisos, practicantes de la no violencia no podemos decir que lucharan contra gigantes ficticios, deshicieran entuertos insignificantes o intervinieran en acciones de *peccata minuta*. Su gran locura consistió en su firme confianza en el género humano, en la aventura de la bondad. Ellos y ellas en medio, precisamente, de la locura de la guerra, el totalitarismo y el desprecio hacia el otro o la otra, ponían la racionalidad del juicio y la fortaleza del poder moral como bandera para construir un mundo mejor. No se encierran en su interior, no esperan a que la justicia llegue algún día, sino que intervienen para corregir el curso de los acontecimientos. Hacer el bien para ellos es no instalarse en la cómoda indiferencia y hasta en la indolencia. Les duele el género humano y actúan según la máxima «haz a los demás lo que quisieras que los demás te hiciesen a ti». En ellos y ellas se recorre el camino moral entre el «no hacer» (el mal) y el «hacer» (el bien), una distancia mínima en lo conceptual pero muy grande en la acción.

Bibliografía

- Cartas (1972) *Cartas de condenados a muerte víctimas del nazismo*, Barcelona, Laia.
- Crawshaw, Steve & Jackson, John (2010) *Small Acts of Resistance: How Courage, Tenacity, and Ingenuity Can Change the World*, New York, Union Square Press.
- Hillesum, Etty (2007) *Diario de Etty Hillesum: una vida conmovida*, Barcelona, Anthropos.
- Hillesum, Etty (2011) *El corazón pensante de los barracones: Cartas*, Barcelona, Anthropos.
- Hillesum, Etty (2011) *Etty Hillesum Escritos esenciales*, Santander, Sal Terrae.

- Levinas, Emmanuel (2000) *Entre nosotros: ensayos para pensar en otro*, Valencia, Pre-Textos.
- Malcolm X (1992) *Malcolm X: la autobiografía*, Barcelona, Ediciones B.
- Mandela, Nelson (2008) *El largo camino hacia la libertad*, Barcelona, Aguilar.
- Mandela, Nelson (2013) *Conversaciones conmigo mismo*, Barcelona, Planeta.
- Nissim, Gabriele (2013) *La bondad insensata. El secreto de los justos*, Madrid, Siruela.
- Pontara, Giuliano (1996) *La personalità nonviolenta*, Turín, Gruppo Abele.
- Schultz, Hans J. (1972) *Testigos de la no violencia active*, Madrid, Sígueme.
- Shulman, David (2007) *Dark Hope: Working for Peace in Israel and Palestine*, Chicago y Londres, University of Chicago Press.
- Todorov, Tzvetan (2002) *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XXI*, Barcelona, Península.
- Todorov, Tzvetan (2010) *La experiencia totalitari*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Todorov, Tzvetan (2011) *Vivir solos juntos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Todorov, Tzvetan (2013) *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*, Madrid, Siglo XXI.
- Todorov, Tzvetan (2013) *Los abusos de la memori*, Barcelona, Paidós.
- Todorov, Tzvetan (2014) *El miedo a los bárbaros: más allá del choque de civilizaciones*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Weber, Max (1975) *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial [1919].